

Este tema sagrado no admite que se lo olvide, que se confunda o se postergue. Lo resumió, de manera admirable, un combatiente por la legalidad en la guerra civil española. Se trata de un compatriota de ustedes, un norteamericano: Abe Osheroff. Acudió a España en 1936 a defender al Gobierno legal y a jugarse la vida a favor de la libertad, y su experiencia y su honradez le dictaron estas palabras: «Creo en la libertad del hombre, y cualquier sistema que ponga en peligro ese derecho es enemigo mío». Dijo *cualquier* sistema. Un escritor debe saber de memoria esa frase. Si la olvida, se convierte en un desertor. Si la cuestiona, en un falsario. Si la combate, en un peligro. ¿Y cuántos escritores hay de esta naturaleza; cuántos mayores o menores beneficiarios de lo único verdaderamente mayor en nuestro oficio, el lenguaje, cuántos de entre nosotros mienten, mentimos, cuántos? ¿Cuántos desoímos el rumor sagrado que deambula entre los intersticios del lenguaje, de la libertad, de la terrible e irrenunciable moral milenaria? ¿Cuántos de nosotros, en fin, calumniamos la inocencia inmortal de las palabras, devaluamos su amor, amortiguamos su coraje, obstruimos su anhelo? ¿Cuántos de nosotros huimos cobardemente de la sacralidad de las palabras? ¿Cuántos de nosotros traicionamos lo que de nosotros esperan la desdicha y la opresión que padecen millones y millones de miembros de nuestra propia tribu, la tribu de los hombres? ¿Cuántos de nosotros nos comportamos ante el prodigio del lenguaje como calumniadores? ¿Cuántos de nosotros, en fin, con silencio o con frivolidad, con cinismo o con cobardía, colaboramos en el asesinato de la inocencia sagrada del lenguaje, en la ruina de la verdad, en la devaluación de la moral y, en suma, en la desviación del destino solidario, digno y libre de nuestra propia especie? No voy a pronunciar un solo nombre, no soy un delator. Sólo os ruego que recordéis conmigo que todo aquel que vuelve alguna vez la espalda al esfuerzo maravilloso de honrar a aquello que tanto nos honra, las palabras, tiene enfrente las obras y la conducta de algunos seres ejemplares que trabajan y se comportan con coraje para que las palabras conserven la vergüenza de la totalidad de nuestra especie, para que las palabras conserven la dignidad que ya hemos alcanzado como miembros de esta especie anhelante, desdichada y privilegiada, junto a la dignidad que aún queda por conquistar para honra de los hombres, para honra de su historia y para honor de sus palabras. Uno de esos artistas, uno de esos creadores, uno de esos ejemplos, uno de esos espejos, se llama Ernesto Sábato, y hoy nos hemos reunido para darle las gracias por haber dedicado su entera vida a recordarnos las dimensiones de nuestra dignidad y de nuestra vergüenza, junto a las dimensiones de nuestro oficio, severo y prodigioso.

Ahora bien, ¿en qué ha de consistir dar las gracias a Ernesto Sábato? Permítanme que lo repita: agradecerle su genio, su generosidad y su arrojo, no es suficiente para mostrar, ni a él ni a nosotros mismos, que hemos correctamente comprendido su magisterio. Habremos de sentir una necesidad más arriesgada que la de expresarle a este hombre nuestra gratitud y nuestra admiración: habremos de sentir la necesidad de emularlo, cada cual con sus propias fuerzas; habremos de sentir la urgencia de llegar hasta nuestros límites propios en la tarea de contribuir al esfuerzo que Sábato nos recuerda que es necesario, que es urgente: el esfuerzo de procurar una especie admirable, una moral admirable, un lenguaje admirable. En suma: tras haber conocido o intuído la estatura de las palabras de Ernesto Sábato y el fragor de su honor civil, sabremos que

la mentira, incluida la mentira por omisión, refutaría nuestro trabajo de escritores y emborronaría cuanto de humano conserva todavía nuestro rostro. Este alto oficio que ejercemos, y que nadie nos obligó nunca a elegir, sino que fue elegido dentro de nosotros por lo más digno de cuanto la historia del lenguaje y la historia del espíritu humano depositó en nuestra conciencia, se sentiría espantosamente desilusionado ante nuestras mentiras o ante nuestros silencios mentirosos. A lo que nos convida Sábato no es a que pronunciemos su nombre con respeto: esto saben hacerlo con ejemplar sinceridad el común de las gentes. Nosotros estamos convidados a algo más: a procurar sentir respeto por nuestro propio nombre, por nuestra personal conducta, por la decencia de nuestras personales palabras. Nosotros estamos convidados a sentir desazón, vergüenza e incluso remordimiento y miedo ante la más mínima enfermedad moral que pudieran sufrir nuestras propias palabras. Nos dijo Jean-Paul Sartre alguna vez: «Si las palabras están enfermas debemos curarlas. En lugar de ello, muchos viven de esta enfermedad». A lo que nos convida Sábato es a elegir una conducta ante las ocasionales enfermedades del lenguaje. De esas enfermedades (la mentira, la calumnia contra el candor y la pureza y la sacralidad de las palabras, los silencios interesados que ominosamente agreden a esa sacralidad) no podemos vivir: vivir de ese mal del lenguaje, de ese mal de las comunidades, es inmoral, es un escándalo. Repito que todos conocemos nombres de escritores que mienten o que callan sobre lo que se sabe. Y repito que ni uno solo de esos nombres será aquí mencionado. Agregó: nuestro sueño es el de merecer que nadie, nunca, tenga que silenciar nuestro nombre, con piedad y vergüenza. Nuestro sueño, como admiradores de Sábato, habrá de ser, en fin, el de asemejarnos cuanto podamos a nuestros mejores maestros, uno de los cuales nos preside no sólo en este instante, sino en todo momento en que advirtamos la seriedad de nuestro oficio, el anhelo de verdad y de amor de nuestra especie y la inocencia misteriosa y magnífica de ese don de origen multitudinario a que llamamos el lenguaje.

Porque, en efecto, las palabras no son tan sólo misteriosas, inocentes, magníficas: son también multitudinarias. El poeta Luis Rosales ha escrito que «el lenguaje, como las emociones, nace en una fuente remota del sentir colectivo». Desde allí, desde el fondo de los milenios y desde el origen del anhelo de todos nuestros antepasados, el lenguaje nos llega como un don: no es una posesión, es una herencia: y no se nos entrega para que lo envilezcamos o lo dilapidemos, sino para que le defendamos su riqueza y su honor. No se nos confiere este don para que lo calumniemos mediante la mentira, la insidia o el silencio, sino para que lo defendamos de sus calumniadores. Y no olvidemos nunca que quien calla sobre lo que se sabe es un calumniador de las palabras. Y no olvidemos nunca que este enérgico argentino admirable y universal ha acertado a recordarnos que la calumnia es tan lesiva a la salud de las comunidades como el asesinato. Y que esta reflexión de Sábato no le ha surgido en ninguna apacible jornada de su trabajo literario, sino en el fondo del infierno de la turbulencia de la maldad, del odio y de la imperfección: a cuyo rostro Sábato ha tenido la valentía de mirar de frente desde hace muchos años, desde antes aún de que se eligiera escritor. Ernesto Sábato sabe de lo que habla. Ha sido amenazado y ha sido calumniado. Contra esas amenazas el presidente de la República Argentina ha ordenado que a Sábato lo defiendan los escoltas armados. Y contra las calumnias somos nosotros quienes hemos de defenderlo.

De que nadie pueda hacer mal a su persona se encargan las autoridades de su patria. De que nadie pueda lesionar su prestigio hemos de encargarnos nosotros. Hemos de defender sus palabras por tres causas: primera, porque son las palabras de quien se ha pasado la vida, se ha jugado la vida, defendiendo la santidad de las palabras; segunda, porque al defender la comunión que Sábato reanuda entre el lenguaje y la verdad, defendemos la historia del lenguaje y la historia del espíritu humano; y tercera, porque al defender esa historia estamos defendiendo la salud y el honor de nuestro porvenir.

Consiéntanme acabar con unas líneas que hace algún tiempo escribí sobre Ernesto Sábato* y su afán de defender la moral de su condición de hombre y la moral de su oficio de escritor: «La intención de estas páginas era la de contribuir a que sepamos que en la palabra Sábato (una palabra inscrita ya en la historia del lenguaje moral) podemos y debemos reconocer a un testarudo esfuerzo que desde hace decenios empuja, con desesperación, con trabajo y ternura, con cólera y con llanto, la puerta tras la que empieza el porvenir. Las mujeres, los hombres, los ancianos, los niños, las multitudes de la Tierra, soñamos con un porvenir en que los héroes ya no sean necesarios y en que los mártires ya no sean más que el escalofrío de un pasado desventurado e imperfecto. Soñamos con un porvenir donde la dignidad y la sinceridad ya no merezcan el elogio de nadie, porque ya nadie carecerá de dignidad ni de sinceridad. Soñamos con un porvenir que pueda prescindir de seres excepcionales y ejemplares, porque ya todos lo serán. Pero sabemos, a la vez con amargura y con alivio, que sin seres ejemplares y excepcionales como Sábato, ese porvenir luminoso no llegaría jamás». Y agrego aquí y ahora: si cada uno de nosotros no se esfuerza por parecerse, en la medida en que le sea posible, a los progenitores de la antropología de la verdad y creadores del honor intelectual; sí, en fin, no nos aprestamos a aprender de los escasos seres como Sábato, en las palabras cundirán las enfermedades, en las comunidades cundirá la mentira y en el porvenir cundirán el desconcierto y la deformidad; y en todo caso, en nuestro corazón se aposentaría la vergüenza. Esta reunión, por tanto, tiene para nosotros una finalidad triple y complementaria: hemos venido a hacer públicos nuestra admiración y nuestro respeto por el maestro Ernesto Sábato; hemos venido a hacer público nuestro respeto radical por el lenguaje del que somos depositarios; y hemos venido a prometerle a Sábato, y a la vez a nosotros mismos, que trataremos de vivir nuestra actividad de escritores de manera que alcancemos a sentir respeto por nuestra conducta y por las palabras que acertemos a escribir encaminadas hacia la verdad y la justicia. O dicho de otro modo: hemos venido a celebrar el nombre de Sábato, a celebrar la historia moral de los nombres que juntan nuestro idioma, y a prometer que haremos cuanto nos sea posible para que nuestro propio nombre no se pueda pronunciar con desilusión o con vergüenza. Y hemos venido, finalmente, a asegurarle a Sábato que su genio, su energía y su intransigencia ante toda calumnia cometida contra las palabras y contra los seres humanos nos obligan a comprender que la primera función civil de un escritor es el autorespeto. Maestro: gracias.

FÉLIX GRANDE

* Algunas frases —no en número abundante— de esta conferencia han sido trasladadas aquí desde otros textos anteriores.

Santos Laguna, 27 de febrero

Queridos amigos: me piden estas unas páginas manuscrita, lo que para mí significa un apuro tremendo como concentración de mis lesiones en el altura de un día; de un día, pues, que apenas escribo estas pocas líneas. Por otra parte, todo mi otro lo he escrito a máquina, ya que mi letra es muy pequeña y casi ilegible, aun para mí mismo.

La estoy profundamente agradecido por este número de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, que con tanta generosidad han preparado. Es un testimonio de apoyo que me agrade mucho después de tantos años de lucha en esta patria tan triste, tan desangrada, tan soñada por el odio y la desesperanza.

Con un cariño abrazo

E. Santos